

**Marcela Borelli**

IHUCSO/Conicet-UBA-UNSAM

**Soledad Bohdziewicz**

IIBICRIT/Conicet-UBA

# Fragmentos de libros manuscritos medievales y humanísticos en colecciones argentinas

**L**os libros, especialmente en las sociedades premodernas, fueron siempre objetos de valor económico y también símbolo de estatus cultural. Aunque por estas mismas razones fueron, en general, atesorados con celo, no estuvieron exentos de un sinnúmero de vicisitudes que condujeron en muchos casos a su destrucción parcial o total. Dejando a un lado las cuestiones de tipo ideológico como causa de la pérdida de libros, nos detendremos aquí a considerar los distintos factores que afectaron la integridad de los textos producidos durante la Edad Media y los inicios de la Edad Moderna, refiriéndonos de manera

exclusiva al códice manuscrito, esto es, nada más ni nada menos, que el libro, en un formato muy similar al que hoy conocemos, pero que se diferencia de este en sus materiales y los distintos procesos de su factura.

Las condiciones de guardado de los libros son determinantes en su conservación, ya que los soportes de escritura –pergamino y papel– se ven afectados por las variaciones térmicas, la humedad y la acción de insectos bibliófagos, a los que naturalmente deben sumarse los accidentes y el desgaste producido por su uso. Así, cuando las condiciones materiales de un volumen lo hacían inadecuado para la lectura, podía reutilizarse con otros fi-

## ¿DE QUÉ SE TRATA?

Fragmentos de antiguos libros manuscritos que hoy se encuentran en colecciones argentinas sueltos o alojados en encuadernaciones.



**Figura 1.** Biblioteca y Centro de Investigación San Alonso de Orozco.

nes. Pero la obsolescencia de un libro podía responder a otras cuestiones ajenas a su estado de conservación, como, por ejemplo, cuando la lengua en la que estaba escrito ya no resultaba comprensible o cuando, como consecuencia de cambios culturales, un texto dejaba de cumplir la función para la cual había sido concebido. Tal es el caso de las obras destinadas a la liturgia, que, con las diversas modificaciones que esta fue experimentando a lo largo del tiempo, cayeron en desuso. De hecho, los manuscritos litúrgicos de variados períodos representan una importantísima cantidad de los códices desmembrados y fragmentados. Si bien el libro manuscrito convivió largamente con el impreso, la aparición de la nueva tecnología de la imprenta, con las ventajas que implicaba en términos de la cantidad de copias que de una obra podía obtenerse y el abaratamiento de los costos, fue determinante para el futuro de la producción de libros. De este modo, con la disponibilidad de otras copias, un libro manuscrito

se mostraba prescindible ante su sucedáneo impreso.

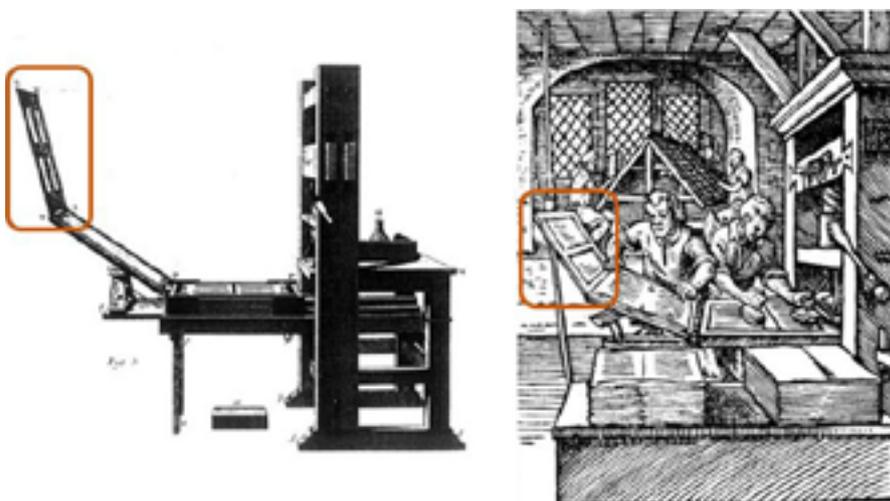
La reutilización de los libros manuscritos ocurría con frecuencia en el interior de las propias bibliotecas que los albergaban, en las que se podía echar mano de algún libro viejo, probablemente en mal estado, sea para hacer o para reparar encuadernaciones de otros volúmenes, aprovechando, en particular, el pergamino, material costoso elaborado a partir de pieles de animales, muchas veces escaso. Con el advenimiento de la imprenta también se produjo el uso de descartes de libros impresos, lo que tenía lugar usualmente en aquellos establecimientos que también realizaban encuadernaciones, reutilizando pliegos defectuosos o piezas impresas carentes de utilidad. Los encuadernadores, pues, tanto en el contexto de las bibliotecas, imprentas y también librerías, sacaban provecho del pergamino y del papel usado para la realización de sus encuadernaciones. Es así como una gran cantidad de fragmentos de manuscritos se encuentran alojados en la estructura, sea de libros también manuscritos o libros producidos durante los primeros siglos de vida de la imprenta. De esta manera, una parte del fenómeno de la fragmentación queda indefectiblemente ligada a la historia de la encuadernación del libro antiguo.

Si bien en la Argentina la presencia de códices manuscritos es escasa, dispersos en diversas colecciones, tanto públicas como privadas, se halla una cantidad considerable de impresos antiguos. El número de volúmenes aún no se conoce con precisión, aunque con este fin, en 2003, se inició bajo el auspicio de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno la creación de un Catálogo Nacional Unificado de impresos previos al año 1800, en el que cooperaron diversas instituciones de nuestro país que cuentan con ese tipo de fondos.

Los fragmentos de manuscritos se encuentran principalmente en libros impresos en el centro y oeste de Europa entre los siglos XV y XVII y, mucho menos, en el sur del continente, de donde procede, como es de prever, la mayor cantidad de impresos de nuestro país. A pesar del predominio de impresos sureuropeos, en especial en lengua castellana, por las características históricas de la conformación de sus fondos, muchas colecciones presentan considerable diversidad en cuanto a la procedencia de sus ejemplares. El origen de las colecciones argentinas que es posible encontrar en grandes instituciones, tales como la Biblioteca Nacional Mariano Moreno o la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba, es variado, pero podríamos atribuirles, a grandes rasgos, una doble procedencia: los primeros ingresos del libro antiguo durante la época colonial se dieron a través de las órdenes religiosas —jesuítica, dominica, franciscana, entre otras— y también por medio de la actividad comercial de libreros. A lo largo del siglo XX y en estas últimas décadas, se suma el ingreso de libros antiguos a través de las donaciones de

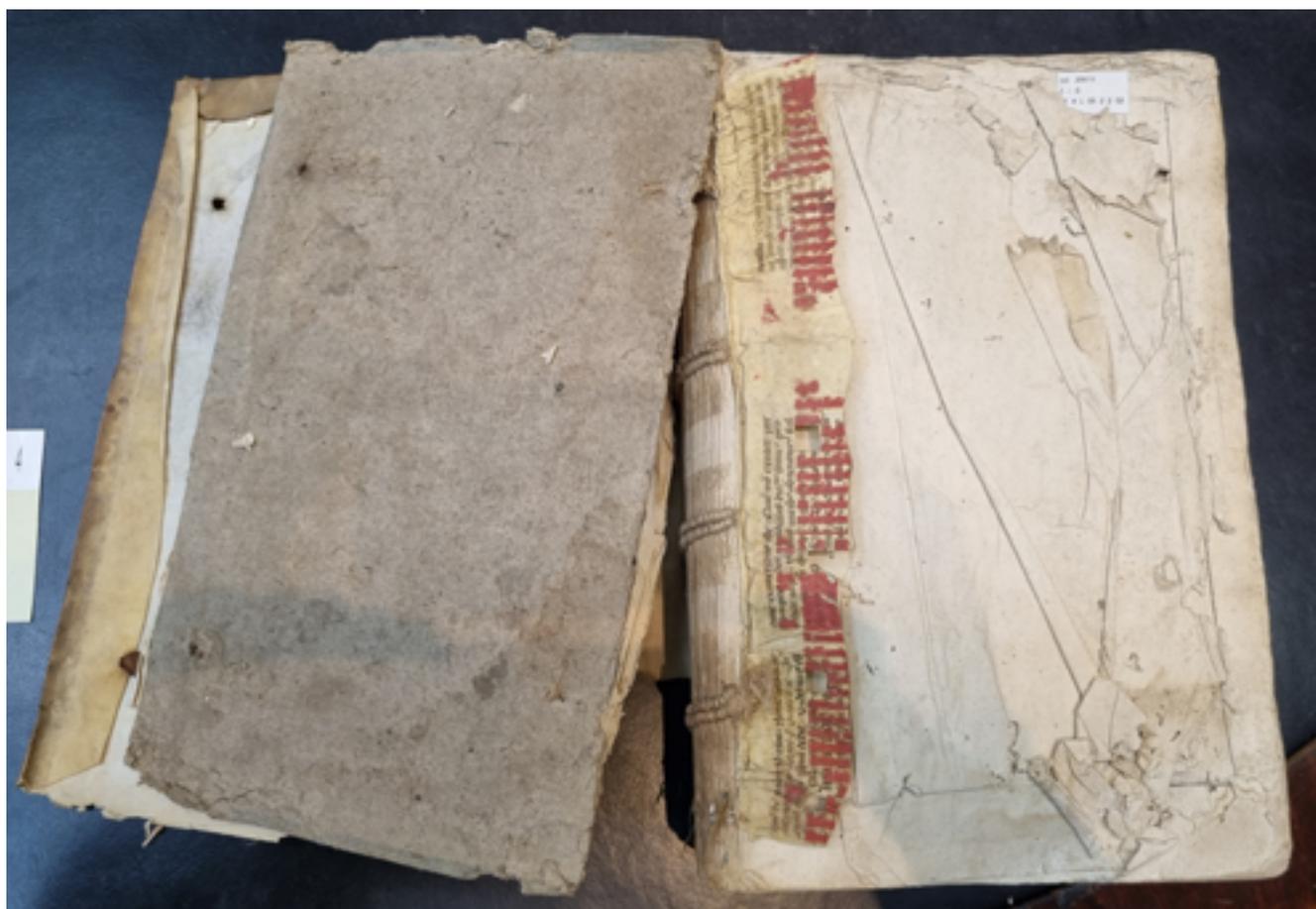
intelectuales bibliófilos y coleccionistas, tales como Matías Errázuriz y Josefina de Alvear, Enrique Ferrer Vieyra, Jorge Martín Furt, Aldo Mieli, Baldmar Dobranich, Pedro Narciso Arata, Marcelo Schlimovich, entre otros.

Los sitios en los que aparecen los fragmentos en las encuadernaciones son diversos. Los más pequeños suelen ser tiras adheridas de manera perpendicular al bloque del texto, entre los cosidos que unen los cuadernos del libro. Este tipo de fragmentos es visible cuando el deterioro del lomo así lo permite. Por ejemplo, en un volumen de la colección antigua de la Biblioteca y Centro de Investigación San Alonso de Orozco de la Orden de San Agustín en la ciudad de Buenos Aires, impreso en Lovaina en 1700, cinco tiras de pergamino de este tipo fueron utilizadas para consolidar la encuadernación del lomo. Como lo evidencian las rúbricas y el texto relativo a la Ascensión de la Virgen María, estos fragmentos pertenecieron a un códice litúrgico, escrito en una letra gótica del norte de Europa, de tamaño grande y de un alto nivel de ejecución, que probablemente fue copiado en el siglo XV (figura 1).



**Figura 2.** *Quid est liber*: proyecto de innovación para la docencia en libro antiguo y patrimonio bibliográfico, Universidad Complutense de Madrid. [www.ucm.es/quidestliber/frasqueta](http://www.ucm.es/quidestliber/frasqueta)

Algunos fragmentos muestran signos inequívocos de una doble reutilización, primero como insumos de impresión y luego, en la encuadernación. Ese primer uso en la imprenta se relaciona con su función como 'hojas de frasqueta'. Los folios de libros descartados, sea de pergamino o de papel, se recortaban para adaptarlos a la



**Figura 3.** Biblioteca Nacional Mariano Moreno.



Figura 4. Biblioteca Nacional Mariano Moreno (detalle).



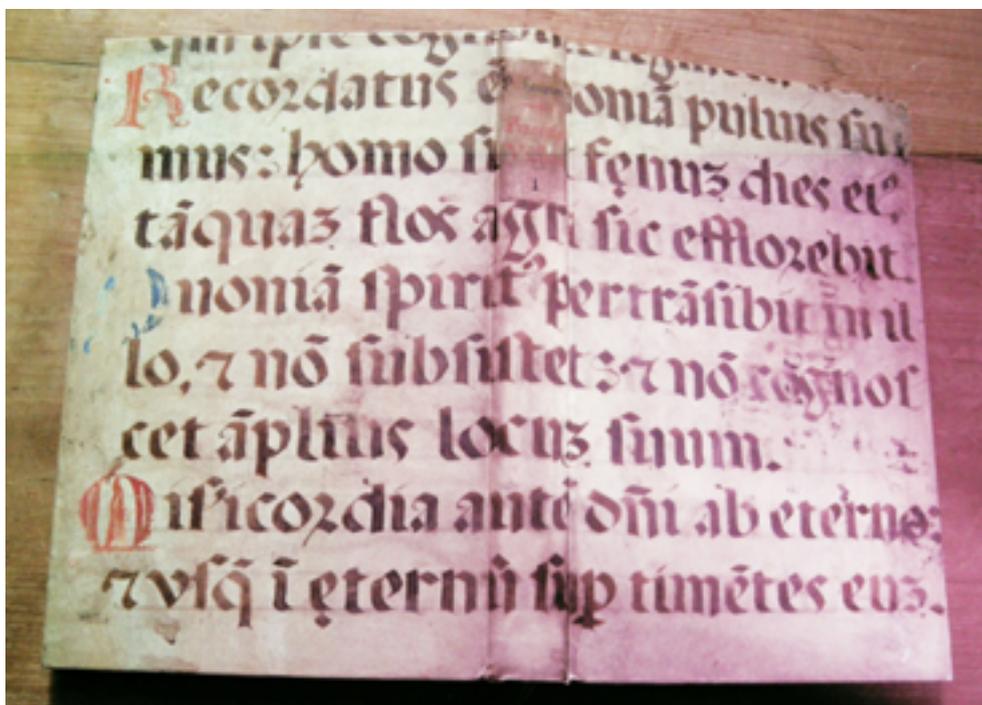
Figura 5. Observatorio Unesco Villa Ocampo.

frasqueta, estructura de madera de las antiguas imprentas que cubría la zona de los márgenes para evitar que se mancharan con la tinta de los tipos (figura 2). A estos trozos de folios se les recortaban pequeños cuadrados o rectángulos que se correspondían con las zonas donde estarían las iniciales o títulos que se querían imprimir en tinta de color rojo, sin que se manchara el resto de la hoja, ya impresa en negro, en el proceso. Estas funcionaban, en cierta forma, como un estencil que evitaba que la forma entintada en rojo manchara zonas que no querían rubricarse. Un volumen de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno impreso en Colonia en 1612 alberga dos fragmentos de esta clase (figura 3). Dos tiras angostas, dispuestas en dirección longitudinal a la bisagra o articulación del libro, funcionan como refuerzo del bloque de

texto, una colocada en la parte anterior y otra en la parte posterior. Los fragmentos provienen de manuscritos diversos: el primero pertenecía a un folio que transmitía los salmos con comentarios, y el segundo a un manuscrito litúrgico. En ambos se pueden observar los restos de tinta roja que, tras las sucesivas impresiones, se acumularon dejando la impronta de líneas del impreso. Es posible, además, observar pequeños recortes cuadrados en el folio, correspondiente a las áreas donde estaban las iniciales rubricadas en el impreso (figura 4).

Si el folio era de un tamaño lo suficientemente grande, podía ser utilizado recubriendo las tapas de la encuadernación. Un caso menos típico de esta práctica se halla en la biblioteca personal de la escritora Victoria Ocampo, hoy conservada en el Observatorio Unesco Villa Ocampo, en cuyos anaqueles se encuentran diez volúmenes impresos en Francia a principios del siglo XX, que tienen por cubierta folios de manuscritos (figura 5). En la figura 6 puede observarse uno de estos ejemplares en el que un folio de un salterio de grandes dimensiones cubre la tapa de un volumen impreso en París en 1913 por Honoré Champion. El manuscrito está copiado en una letra gótica del sur de Europa —probablemente italiana— de gran tamaño, con iniciales que alternan el color rojo y azul. Como este, los otros nueve volúmenes también están recubiertos de folios que antiguamente pertenecían a dos manuscritos litúrgicos diferentes realizados en una bella caligrafía. Algunos incluso presentan iniciales de gran tamaño decoradas con motivos foliados y geométricos. La peculiaridad no la constituyen tanto los fragmentos, sino más bien los volúmenes que los alojan: la práctica de utilizar descartes de manuscritos como insumo de encuadernación no es tan frecuente en el siglo XX. La mayor cantidad de casos, como hemos mencionado, se da a partir del siglo XV hasta el XVII inclusive, mermando su frecuencia a medida que se avanza en el tiempo.

Pero los destinos de los manuscritos descartados son tan variados como útil y versátil su soporte de escritura. Su reutilización no solo queda circunscripta a los ámbitos de producción y circulación del libro, en los que, según hemos explicado, solía emplearse en las encuadernaciones, sino que podía utilizarse con fines muy disímiles. Entre los muchos escenarios posibles, fragmentos de manuscritos copiados en pergamino se han hallado funcionando como cubierta protectora de documentos, práctica frecuente en los archivos, o a modo de ‘entretela’ de refuerzo en la confección de prendas de vestir o accesorios textiles e, inclusive, adheridos en la estructura interna de instrumentos musicales. Entre las prácticas relativamente recientes y usuales de reutilización de folios manuscritos se encuentra la confección de pantallas para lámparas. En estos casos, con los que no sería raro toparnos en tiendas y ferias de antigüedades, vemos mayormente que se han



**Figura 6.** Observatorio Unesco Villa Ocampo. **Figura 7.** Casa de remates de la ciudad de Buenos Aires. María Mercedes Rodríguez Temperley.

empleado folios de libros de coro que, por sus grandes dimensiones, resultaban adecuados para la manufactura de este tipo de objetos (figura 7).

Muchas de estas prácticas a las que hemos hecho referencia generalmente se explican por el deterioro de los volúmenes, pero en tiempos más recientes la destrucción o mutilación de libros no responde al entendible pragmatismo que caracteriza una buena parte de estos casos, sino que se debe, la mayor parte de las veces, a la acción de coleccionistas inescrupulosos. Los manuscritos medievales y humanísticos podían estar ricamente ornamentados con letras iniciales de gran tamaño o con ilustraciones, por lo que presentan un gran atractivo estético. Lamentablemente no es nada infrecuente toparse con códices mutilados, sea porque se les había recortado una letra inicial o alguno de sus folios, con gran probabilidad, ilustrado. En muchos casos estos folios, que despiertan admiración por la labor artística de su factura, hoy se exhiben enmarcados, ya carentes de su contexto y finalidad en tanto portadores de textos, como artefactos decorativos.

Un manuscrito de la segunda mitad del siglo XV copiado en Bélgica, perteneciente a la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, parece ser un ejemplo de ello. Destinados a la devoción privada, los libros de horas son por lo general códices de pequeñas dimensiones en los que se reúnen himnos, salmos, lecturas y oraciones, que debían ser leídos en distintos momentos del día. Fueron manuscritos que gozaron de una enorme difusión —por lo que no sin razón

se los ha llamado *best sellers* de la Edad Media— y solían estar acompañados de miniaturas alusivas a las distintas partes del texto. Al libro de horas de la Biblioteca Nacional le fueron sustraídos dos folios, donde probablemente se hallaban miniaturas a página completa (figura 8).

No es inusual hallar esas partes que se recortaban de los códices con el fin de ser coleccionadas en librerías anticuarias, casas de subastas y sitios semejantes. De estos folios desprendidos de su contexto original se cuentan varios ejemplos en colecciones argentinas. En la Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba se halla un bifolio, esto es, una ‘hoja’ plegada al medio y acabada con otras para formar uno de los cuadernos de cuyo conjunto se constituía el códice (figura 9). En este caso, el bifolio pertenecía a un salterio, copiado en una cuidada caligrafía y con iniciales alternadas en color rojo y azul. Fue su anterior propietario el diplomático Enrique Ferrer Vieyra. El importante fondo bibliográfico de este coleccionista, constituido por impresos, incunables y manuscritos, forma hoy parte del acervo de la que fue su casa de estudios, a la que fue donado en 2001.

Semejante origen tiene seguramente un folio que perteneció a la colección de Matías Errázuriz y Josefina de Alvear, parte de la cual pasó a integrar los fondos del Museo Nacional de Arte Decorativo en 1937, que funciona desde entonces en lo que fue la residencia del matrimonio en la ciudad de Buenos Aires (imagen de portada). El folio parece haber sido cortado con cuidado, y la presencia de dos iniciales ricamente decoradas sugiere que, por este moti-

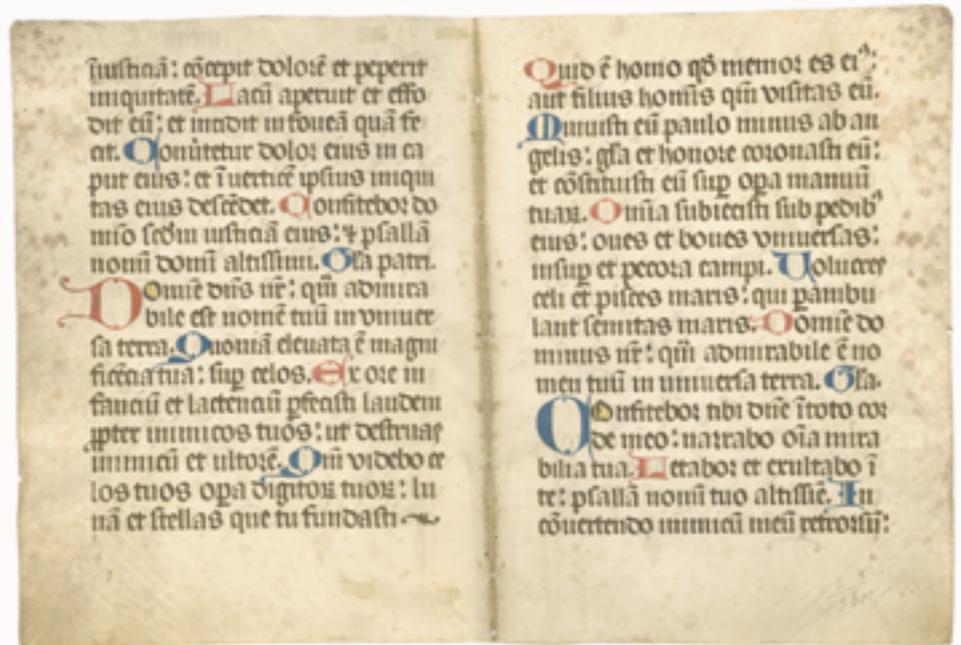


Figura 8. Biblioteca Nacional Mariano Moreno. Figura 9. Biblioteca Mayor de la Universidad Nacional de Córdoba. Colección Ferrer Vieyra

vo, fue sustraído de su códice original en el que se transmitía el *Milleloquium veritatis Augustini*, una compilación de extractos de las obras de San Agustín organizadas de manera alfabética. Su autor fue Bartolomeo Carusio, obispo de la ciudad de Urbino entre 1347 y 1350. El códice del que formaba parte este fragmento ha sido escrito a dos columnas, y en este folio se ven, de un lado, una gran inicial correspondiente a la letra k para la palabra *kalendae* y, del otro, la letra l para introducir la palabra *labor*.

Hasta ahora los fragmentos de libros dispersos en las colecciones argentinas no han recibido demasiada atención. Sin embargo, un fragmento no solo es valioso como

testimonio de la historia de la transmisión de un texto, sino que, además, es desde el punto de vista material un elemento más de la historia del libro, especialmente en el caso de los fragmentos que se encuentran alojados en las encuadernaciones de manuscritos o volúmenes impresos. Estos pueden arrojar información sobre la circulación de ciertas obras en momentos y lugares determinados, sobre la obsolescencia de determinados textos, etcétera. Su estudio, catalogación y digitalización permiten dar a conocer partes de la historia que de otro modo quedarían relegadas a los anaqueles de las salas de las bibliotecas o los archivos de los museos. **CH**

## LECTURAS SUGERIDAS

**BARBIER F**, 2005, 'Los tiempos del manuscrito', en *Historia del libro*, Alianza, Madrid, pp. 17-80.

**BARBIER F**, 2015, *Historia de las bibliotecas*, Buenos Aires, Ampersand.

**CASAZZA R Y DUBA W**, 2018, 'Fragmento de una gramática medieval', *Cuaderno de la BN*, 3 (14): 12-13.

**CORTI F**, 2008, *Officium parvum gothicum, libro de horas de Guillaume de Montbleru: análisis codicológico, heráldico, iconográfico y estilístico*, Biblioteca Nacional, Buenos Aires.

**PALADINO A, VILLALBA M Y MIGUEL M**, 2021, entrevista a Analía Fernández Rojo: colecciones bibliográficas especiales, el Catálogo Nacional Unificado de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno, *Palabra Clave*, 11 (1), e148. [doi.org/10.24215/18539912e148](https://doi.org/10.24215/18539912e148), folio 44.



### Marcela Borelli

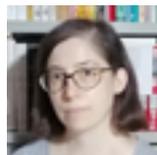
Doctora en filología y hermenéutica del texto, Università del Salento y UNSAM.

Doctora en Filosofía, UBA.

Profesora adjunta de Latín y Filosofía Medieval, UNSAM; ayudante de primera de Latín Filosófico, FFyL, UBA; profesora de Paleografía y Ecdótica, Maestría de Estudios Medievales, UBA.

Investigadora asistente IHUCSO, UNL-Conicet.

[mborelli@conicet.gov.ar](mailto:mborelli@conicet.gov.ar)



### Olga Soledad Bohdziewicz

Doctora en letras, UBA.

Jefa de trabajos prácticos de Filología Latina, FFyL, UBA; profesora de Paleografía y Ecdótica y de Introducción al Estudio de la Lengua y los Textos Latinos, Maestría de Estudios Medievales, UBA.

Investigadora adjunta IIBICRIF-Conicet.

[soledad.bohdziewicz@conicet.gov.ar](mailto:soledad.bohdziewicz@conicet.gov.ar)